



Hace cincuenta años...

En la época en que apareció esta Revista no había Cátedra de Cardiología. Sin embargo, era evidente que buena parte de los clínicos de mayor prestigio y de sus colaboradores más distinguidos demostraban preferente dedicación a esta especialidad.

Así se explica que, regularmente, aparecieran trabajos de gran jerarquía que se publicaban de manera dispersa en las distintas revistas de carácter general, lo cual dificultaba su conocimiento, sobre todo si provenían del interior del país.

La creación de la Asistencia Social al Cardíaco, obra cumbre por la que tanto luchó, con genial visión, nuestro maestro el profesor R. A. Bullrich, permitió presumir que, por lo menos en nuestra ciudad, los especialistas iban a trabajar en conjunto y con acelerado ritmo. Encargado de su primer Dispensario, conjuntamente con nuestro inolvidable compañero de estudios, el doctor Eduardo Braun Menéndez —que poco después se dedicó de lleno a la fisiología, llegando a ser uno de los discípulos más brillantes del irremplazable sabio profesor B. Houssay—, deducimos bien pronto que era el momento oportuno de tener una publicación que permitiera reunir todo lo que, vinculado con la cardiología, se escribiera en el país.

Así nació, hace cincuenta años, la revista que motiva este exitoso Congreso Internacional.

Aunque ya existían en ese entonces cinco o seis revistas de cardiología, distribuidas en distintos países del mundo, sobre todo en Europa, nuestra publicación tuvo algunas características particulares que la distinguieron. En primer lugar, todos los trabajos originales aceptados para su publicación debían acompañarse de su correspondiente resumen, el que era traducido y publicado en tres idiomas: francés, inglés y alemán. Además, dados los vertiginosos avances de la cardiología, en cada ejemplar se agregaba un tema de actualidad.

Todo anduvo muy bien. Tanto en el Comité de Honor como en la Mesa de Redacción se incluyeron, junto a los locales, los más prestigiosos cardiólogos del interior del país.

Otro hecho que la caracterizó fue que la Revista no tuvo director, sino que actuaron como tal los dos secretarios editores fundadores. Recién en el tomo 13, por razones de costumbre internacional, aparecieron nuestros nombres como directores, lo que siguió sólo hasta nuestro voluntario retiro al finalizar el tomo 23 (año 1956). Es que nuestro único interés era que, al pasar los años, la

jerarquía de la Revista se acrecentara por sí misma y no que nosotros adquiriéramos nombradía a su costa.

Como la publicación no tenía pretensiones de lucro, su sede fue, hasta esa fecha, nuestra casa, donde se realizó toda la tarea editorial, desde la distribución de los trabajos hasta la corrección de las pruebas de imprenta, que hacíamos personalmente.

Dado que la finalidad de la Revista era dar a conocer, de la manera más amplia posible, los trabajos de la pujante Cardiología Argentina, ella fue constantemente enviada, sin cargo, a muchos de los cardiólogos de mayor renombre mundial y, en calidad de canje, no sólo a nuestras publicaciones, sino a las más caracterizadas del exterior, las que, por lo general, mantenían buena reciprocidad. Esto último tenía una doble utilidad, pues por una parte las revistas de la especialidad y sus afines reproducían, en su sección análisis de revistas, los resúmenes de nuestros trabajos, gracias a su mencionada traducción en tres idiomas y, por la otra, engrosaban nuestra propia y bien nutrida similar, que no faltó nunca.

Desgraciadamente, las suscripciones pagas y los anuncios de publicidad casi nunca llegaron a cubrir totalmente los gastos, quedando, por consiguiente, el déficit a nuestro cargo.

Así, como si fuera un miembro más de la familia, la Revista convivió con nosotros, sin faltar un solo número a la cita, durante esos inolvidables 23 años.

Tal resultó su capacidad de unión que, a fines de 1936, fue fundamentalmente su Comité de Honor el que contribuyó, ecuaníme y eficazmente, a la selección de los primeros 16 miembros fundadores de la Sociedad Argentina de Cardiología, institución independiente, que organizamos también con Braun Menéndez, en calidad de secretarios provisorios. Ella realizó su Asamblea Constituyente en abril de 1937 y, desde entonces, la Revista, sin modificar su estructura ni características, pasó a ser, por nuestra decisión, su órgano de difusión.

Es una gran suerte y satisfacción y un inmerecido honor que podamos ver hoy el inusitado desarrollo y el elevado nivel científico que ha alcanzado, en la actualidad, la "revistita" que vio la luz hace cincuenta años.

Formulamos por ello nuestros mejores deseos para que este órgano de difusión de nuestra querida e inimitable Sociedad Argentina de Cardiología continúe escalando posiciones y siga el venturoso camino del éxito, que tan justificadamente merece.

Blas Moia